

alguaciles, los guardias, creyeron llegada su última hora: el gentío se precipitó á los carros para obligar á aquellas infelices á retractarse de sus declaraciones. Hubo hombres que las amenazaron con puñales, y no pocas estuvieron para perecer entre las uñas de sus furibundas compañeras.»

De Lancre describe minuciosamente en su libro cuanto aprendió en aquella funesta delegación de cinco meses, de las prácticas y del poder de las brujas, que firmemente creía comunicado por Satanás. Él se figuró de buena fe que había visto salir de la cabeza de una de las primeras hechiceras condenada á las llamas, toda una nidada de sapos, uno de los cuales, negro como la pez, insensible al fuego, á los pinchazos y á las pedradas, se escabulló sin que fuera posible dar con él.—Los conciliábulo ó aquelarres se verificaban los sábados por la noche: acudían á ellos brujas y brujos, en muchas ocasiones con los curas al frente, ya á pié, ya cabalgando por los aires en sendas cañas de escoba, después de haberse untado el cuerpo con cierto unguento especial; y hacían su camino sin reconocer obstáculos en barrancos ni cercados, y aun burlándose de las puertas cerradas y de las prisiones. Era tal la facultad de locomoción de los brujos de ambos sexos, que en cierta ocasión presentaron á De Lancre una mujer que de una zancada se había trasladado de la cumbre de la Rhune, que tiene 963 metros de elevación, á Behovia, salvando una distancia de ocho kilómetros.—Cuando brujos y brujas acudían al aquelarre, los gallos, enemigos vigilantes del demonio, cantaban para advertir á sus dueños: de donde provino la costumbre de algunas ancianas del país vascongado de echar en el fuego un puñado de sal cuando oyen de noche cantar al gallo, como medio único de librar la casa del hechizo ó sortilegio que sobre la familia haya podido dejar caer el brujo pasajero.—Los aquelarres se celebraban habitualmente al aire libre, en un arenal, en una planicie cualquiera de tierra llana ó de montaña, ó á la entrada de algún bosque. Allí plantaba Satanás su trono, recibía adoración y celebraba la *misa*

*negra*. Cuenta De Lancre de buena fe, por sugestión sin duda de la perversa Murgui, que en las aldeas de la costa del Labourd se solía decir una misa de burla y mofa, celebrada generalmente por un cura con todas las ceremonias del ritual, en que el oficiante consagraba una hostia negra, y después de la cual, hecha la colecta, brujas y brujos se entregaban á una desenfadada orgía (1).—Los aquelarres se prolongaban hasta la aurora: entonces desfilaban todos; pero á veces el conciliábulo, en medio de sus ceremonias diabólicas ó de su vertiginosa rueda, quedaba súbitamente interrumpido, ora porque se oyese el lejano canto del gallo, ora porque algún asistente incauto hiciera la señal de la cruz, ó asustado de lo que presenciaba, prorrumiese invocando algún nombre sagrado.

Consérvase en la biblioteca pública de Pau un voluminoso manuscrito que contiene la *Historia del Béarn*, obra del siglo pasado, procedente según se cree de la antigua abadía de Sorde, y atribuída hoy á un sabio eclesiástico llamado M. Bonnacaze, que fué párroco de Angos (2). Este juicioso autor, con el plausible intento de desarraigar rancias supersticiones, entre otras la de la creencia en las brujas, muy esparcida en el Béarn, cuenta los maleficios de tan infame secta, refiriendo los estragos que según los cuentos del vulgo ignorante y crédulo habían hecho los hechiceros de ambos sexos en la parroquia de Lucq, barrio el más renombrado por sus brujas. Explica los hechos ocurridos, despojados de las exageraciones que contribuían á hacerlos aparecer como maravillosos, por las leyes comunes de la naturaleza, y hace atinadas reflexiones acerca de lo mucho que influyen en ciertos temperamentos las narraciones de lo sobrenatural, y de cómo los cuentos de brujas, malos espíritus y duendes, predisponen la imaginación á creerse en ellos actor

(1) VINSON, *Les basques*, etc., p. 119.

(2) HILARIÓN BARTHETY, *La sorcellerie en Béarn*, etc., p. 22. El extracto que sigue del ms. del presbítero Bonnacaze está sacado de la larga referencia que hace á él M. Hilarión Barthety en su opúsculo citado.



durante el sueño. Pero lo más útil para nosotros en este libro, es la historia racional que bosqueja del origen y gradual crecimiento de los conciliábulos que hoy denominamos aquelarres. Estas reuniones sabatinas (dice) comenzaron á tenerse bajo los reinados de Carlos VIII y Luís XII de Francia (siglo xv), pero sin carácter maléfico: eran simples espectáculos, muy groseros, pero muy del gusto de cierta gente, que llevaban el nombre de *diablerías* (*diableries*) por cuanto los que los representaban se disfrazaban de diablos, según se los figuraban ellos, pretendiendo remedar sus acciones. Á la invención de tales pasatiempos, que se tenían los sábados por la noche, porque los domingos son días de descanso, contribuyó mucho la piedad mal entendida. Eran estas reuniones de dos clases, pequeñas y grandes: en las pequeñas no representaban más que dos actores, los cuales llevaban cuernos y garras, blandían teas encendidas y aullaban como desesperados. En las segundas los actores eran cuatro, mucho más desfigurados y bulliciosos. Del espantoso estruendo que armaban nació la frase figurada de *hacer el diablo á cuatro* (1). Estas diversiones empezaron en la corte, y de allí se propagaron á las poblaciones y á las aldeas: y no tardaron mucho en degenerar, convirtiéndose los pajares y graneros donde se celebraban en invierno, en verdaderos burdeles. Entonces nació la licencia, engendradora de crímenes é infamias: entonces se dieron aquellos histriones en figura de diablos á componer venenosas drogas, y pócimas y filtros, para sus falsos hechizos y nefandos sortilegios. Con tales farsas hacían creer que el diablo les había dado el poder de hacer maleficios, y si bien merecían como malhechores el castigo de los tribunales, no todos eran delincuentes en igual grado, porque había entre ellos embaucadores y embaucados. Algunos eran conducidos al aquelarre por sorpresa; otros creían haber estado allí sin haber ido, embriagados ó aturdidos por los brebajes que les daban á

(1) Esta frase no tiene equivalente en castellano.

beber, y que producían en su cerebro visiones de lo que habían estado contándoles todo el día. Hombres hubo en quienes se arraigó de tal modo la persuasión sincera de haber sido brujos, que nada en el mundo pudo convencerles de lo contrario.

Así tomó cuerpo y duró tanto una creencia que no tuvo más fundamento que una simple diversión, verificándose en el mundo moderno lo propio que había ocurrido en el antiguo, donde si se burlaba Horacio de los encantamientos de Canidia y de sus compañeras, el pueblo crédulo se dejaba aterrar por sus farsas y hechizos. ¡Cuán admirablemente no harían su papel los hechiceros de los tiempos modernos, cuando hombres instruidos y sesudos como los consejeros de muchos Parlamentos de Francia fulminaron contra ellos tan sangrientos y horripilantes castigos! En Normandía y en el Béarn fueron tratados aquellos miserables con inaudito rigor, pero hacia el año 1670 el consejo del rey dictó una medida prohibiendo al Parlamento de Pau conocer de las causas formadas á los brujos. Desde entonces empezó á decrecer el fanatismo que aumentaba con la misma presencia de los suplicios, y hubiera acabado de todo punto á no quedar viva en el Béarn la mala costumbre de las nodrizas y viejas desocupadas de amedrentar á los niños con cuentos ridículos y absurdos.

Á ti, lector, ya puedo contarte alguno, que siendo hoy mera relación de lo ocurrido á una linda campesina navarra tocada de la supersticiosa creencia en las brujas, pasará mañana á leyenda popular por la inmortalidad poética de que la ha dotado su ingenioso narrador (1). No voy á copiarla al pié de la letra: quiero solamente extractar este precioso poemita de una ejemplar historia.—Veinte ó treinta muchachas de Urdax, provistas de hoces, cortan en una apacible tarde de Otoño semejante á un renuevo de la primavera, los cimbreantes tallos de helecho de un

(1) Es D. Arturo Campión, y se titula su trabajo *Grachina* (*Tradición Navarra*), publicado en el tomo 6.º de la *Rev. éusk.*, p. 142 y siguientes.



campo que remeda una inmensa cesta de flores. Ya el helechal está desprovisto de su ondulante cabellera verde, y las segadoras empiezan á transportar los fajos á las bordas, llevándolos sobre sus cabezas. Con las sayas arremangadas hasta la rodilla, desnudas de pié y pierna, esbeltas, erguidas, moviendo cadenciosamente los brazos como soldados en marcha, pasan rápidas unas tras otras ó formando grupos, y por entre las frescas ramas que de los fajos les caen sobre la cara, se descubren á trechos sus arreboladas mejillas y destellan sus brillantes ojos, ya dardos de fuego, ya azulados reflejos del firmamento. En uno de los extremos del campo segado, junto al bosque, hay cuatro muchachas, sentadas unas en los fajos y ocupadas otras en atarlos. Una de ellas es delgada, morena, pálida, de nariz aguileña, boca grande, ojos negros como hornos, y con un enorme lunar en el borde del labio inferior. Todo su cuerpo y actitud revelan fuerza, agilidad y decisión. Su traje negro, ajustado al cuerpo, dibuja formas esbeltas, elegantes y nerviosas, como las de la raza árabe. La que habla con ella es por el contrario gruesecita, sonrosada, con hoyuelos en la barba y en los carrillos, de ojos azules grandes, transparentes como un manantial que deja contar sus guijas, pestañas largas, nariz ligeramente arremangada que da á su rostro cierta expresión de malicia á la vez que de infantil curiosidad: niña que apenas es mujer, mariposa que rompe el capullo y sacude sus pintadas alas ensayando quizá peligrosos vuelos.

—Esta noche á las nueve te espero sin falta—díjole la morena.—Déjate de cobardías: no has de ser tú la única de todas nosotras que se quede sin ver aquellas maravillas.

La jovencita volvió la cabeza hacia otra muchacha que estaba atando su fajo, exclamando sorprendida:

—¡Cómo! Miquela, tú también vas al...?

—¡Ya lo creo!—respondió la interpelada, que era una moza de unos veintidós abriles, gruesa, de mediana estatura, de cara ancha y poco expresiva.—Y me pesa de no haber ido antes.

—¿Lo ves, Grachina (1); miedosa, lo ves? Te hemos de pegar una zurra, como á las chiquillas que no van á la escuela.

—Pues bien, si Miquela va, yo no seré menos—exclamó Grachina con resolución.—¿Estás contenta, Josepa Antoni?

La muchacha morena la colmó de besos y abrazos.

—Verás qué noche!—exclamó llena de júbilo.—Verás qué placeres tan grandes, qué bailes tan largos, qué cosas tan deliciosas! Qué fogatas, qué *tun-tun!* (2). Mejor aún que por San Juan! Allí encontrarás cuanto puedas desear!

Y á medida que iba recordando, sus ojos brillaban como ascuas encendidas, y las ventanas de su nariz, violentamente dilatadas, parecía que respiraban embriagadoras emanaciones. Llegó el momento de encaminarse al pueblo.

—¡Ea! esta noche á las nueve en punto te espero—le repitió, sin reparar que la fisonomía de Grachina había ido perdiendo su expresión resuelta é iba tomando una seriedad pensativa.—Te espero, añadió, detrás de la iglesia: allí estarán la Miquela, la Mai Andrés, la Vithori, la Mai Cruch, la Juana Mari, la Cathalin y la Mai Batichta. Buena compañía ¿no es verdad? Con el traje de domingo y los zapatos en la bolsa del delantal, como cuando vamos al mercado, pecho arriba, hasta la punta de *Archuri!* (3). Una vez allí, venga el tamboril, la pandereta... y la broma! Ahora á casa, que es tarde.

(1) *Grachina*, diminutivo de Graciana.

(2) *Tun-tun*, nombre popular del tamboril en la montaña de Navarra.

(3) Á propósito del verdadero nombre de Peña-Plata, que el Sr. Campión escribe *Archuri*, y que nosotros hemos escrito de la misma manera siguiendo una guía que nos merece tanta fe, no podemos menos de insertar aquí un trozo de la curiosa carta que dirigió á la *Euskal-Erria* de San Sebastián el Sr. Elizaburu, de Sara, y que reprodujo la *Rev. éusk.*, en la p. 31 de su tomo 4.º. Dice así: «Hace mucho tiempo conocía el nombre de esa montaña, pues hará cuarenta ó más años, siendo todavía muy niño, estuve en su cima á visitar á un pastor que habitaba la propia casa en que yo vivía. Hacía lo menos sesenta años que ese pastor pasaba en aquella cumbre todos los veranos, bajando al llano los inviernos al lado de su rebaño y para atender á su alimentación. ¿Derretíase la nieve? Pues nuestro buen pastor, formando delante de sí en apiñadas hileras sus ovejas, carneros y cabras, marchaba á la montaña, y de los siete días de la semana pasaba seis en ella, viéndolo á menudo ante sí más lobos que seres humanos, pues por aquel tiempo los lo-



Las cuatro muchachas cogieron cada una su fajo de helecho, se lo colocaron en la cabeza, y con paso ligero se encaminaron al pueblo, pues las cuatro eran en Urdax de la *calle*, no del *caserío*. Poco á poco se fueron dispersando. La que vivía más lejos era la Josepa Antoni: internóse por unos callejones, convertidos con los surcos de las carretas en incómodos barrizales. Al doblar una esquina, púsosele delante un mozo labrador que la miró con sonrisa burlona, cerrándola el paso; ella, ruborizada, se salió al arroyo metiéndose en el fango hasta cerca de la rodilla, y con tono de despecho le soltó la palabra *Ergela!*, esto es, *imbécil*. Y él replicó *Sorgiña!* que quiere decir *bruja*, riéndose con tanto estrépito, que dos ó tres viejas se asomaron llenas de curiosidad á las ventanas.

Todo es silencio y calma en el pueblo: el reloj de la torre de la iglesia dejó oír nueve unísonas campanadas, y de lado á lado de la plaza, iluminada por la luz de la luna, van pasando leves sombras, que se agrupan junto al templo, gesticulan y se mueven. Ladran los perros: una sombra más pequeña que las anteriores cruza la esplanada y viene á unirse al grupo. Pónese éste en movimiento: vélese el disco de la luna, y las campanas de la torre, movidas por un fuerte huracán súbitamente desatado, exhalan como balbuceando sordos tañidos. El grupo se compone de once mujeres: entre ellas van nuestras conocidas, sin pronunciar palabra, de prisa, muy de prisa; ya trepan por las ásperas vertientes de Archuri, y de vez en cuando se oye la voz

«bos abundaban allí más que en nuestros días. Solamente los sábados por la noche bajaba á su casa á buscar el alimento necesario para toda la semana, esto es, un saco de harina de maíz para elaborar borona (torta de maíz), algunas sardinas de ojo encarnado (sardinas viejas) para los días de vigilia, y un cacho de jamón ó de cecina para los restantes, y *san se acabó*. Cierto es que en una buena parte del año tenía leche y queso en abundancia...» «Contaba este hombre muy cerca de cien años cuando murió, hará unos veinte...» «Lo recuerdo bien, nuestro pastor Predo (Pedro) llamaba á su monte HARCHURIA, y hoy le conocemos con el mismo nombre de HARCHURIA ó HAR-ZURIA (*harrizuria*). Jamás ese monte ha podido tener nombre de bautismo más verdadero que éste (*Harchuria*). El de Peña de Plata es un sobrenombre dado por los extranjeros...»

de la Josepa Antoni que, yendo á la cabeza de todas, las estimula con el consabido grito de *aurrerá, aurrerá!*— Muéstrase el valle negro y profundo como una sima: en la boca tenebrosa de la hondonada flotan undívagos y multiformes vapores, pálidos unos, fosforescentes otros. Entre las ramas de los árboles brillan inmóviles los redondos ojos de los buhos que asoman curiosos sus cabezas: los sapos cantan en las charcas; las culebras silban ocultas en la hierba. Las matas aparecen coronadas de fuegos fatuos, y al resplandor incierto de aquellos cárdenos penachos, se divisa el argentado rastro de la torpe babosa sobre el menudo césped. Inmensa plaga de ratas y ratones invade el pedregoso camino, produciendo un estrépito como de redoble. La oscuridad y la luz, alternativas según se interponen ó se abren las nubes, transforman el aspecto de los objetos, convirtiéndolos en otros tantos proteos. Los árboles, sacudidos por el huracán, parecen inmensos manojos de serpientes. Los picachos de Archuri, medio velados por la niebla, semejan á la claridad escuetos fantasmas envueltos en sudarios, y á la sombra, tétricas apariciones de enlutadas matronas.

— Ay! ay! exclamó Grachina, al notar que bajo sus plantas desnudas brotaban rojizas llamas.

— No hagas caso, eso no quema—le dijo la Josepa Antoni, batiendo el suelo con sus anchos piés y haciendo saltar innumerables chispas, como cuando se sacude un tizón.

Repentinamente el espacio se llena de voces: gritos, suspiros, carcajadas, imprecaciones, lamentos, quejas y amenazas, resuenan pasando de norte á sur como un turbión que barre la tierra. Los vapores del abismo centellean, y durante algunos momentos la campiña se baña en lívidos resplandores, después de lo cual todo se cubre de densas tinieblas.

— ¡Échate á un lado, Grachina!—gritó la Josepa Antoni— ¡sepárate, sepárate!

Apenas tuvo tiempo la muchacha de separarse del centro del camino. Un enjambre de hombres y mujeres, montados en